

Capítulo 1

La hija del cartero de Marazul soñaba. Ariadna soñaba a todas horas, normalmente delante de la bola del mundo que su padre le había regalado por Navidad. Se sabía de memoria el nombre de todas las ciudades importantes: Nueva Luna, Londera, Paristol, y los lugares del mundo que le parecían más exóticos y excitantes, como Burniol, Flandivia o Trombay.

—Sería más útil que memorizaras las calles de Marazul, hija —le decía su padre—, así te preparas para cuando seas cartera. Un buen cartero debe conocer las calles de su ciudad con los ojos cerrados.

Pero a Ariadna no le interesaba aquel saco lleno de cartas, y soplaba y resoplaba siempre que tenía que ayudar a su padre, cosa que hacía a menudo, especialmente en fechas señaladas como la Navi-

dad o el verano. En otoño y en primavera, en cambio, podía disfrutar de más tiempo libre.

—No lo entiendo —se quejaba su padre—. Parece que con la llegada de las flores, la gente se olvida de todo, hasta de escribir.

Y es que al padre de Ariadna le gustaba mucho ser cartero. Nunca había salido de Marazul, como tampoco salieron su padre ni el padre de su padre, ambos carteros.

—Papá, ¿y no has pensado nunca en viajar?

—¿Viajar? ¿Para ir a dónde, hija? Aquí en Marazul tenemos todo lo que podemos necesitar. Buenos amigos, el mar, montañas. En invierno hace frío y en verano, calor. Tenemos una iglesia preciosa y buena comida. ¿Qué más le podríamos pedir a la vida?

En aquellos días, Ariadna bajaba a la playa, a mirar el horizonte, y seguía soñando. En la arena, las esposas de los pescadores se sentaban en sillas hechas de esparto a mirar el mar y a esperar el regreso de sus maridos, mientras cantaban antiguas canciones y peinaban el cáñamo que después convertirían en cestas y redes. Ariadna las miraba, y

le parecía que peinaban los cabellos de una niña, pero enseguida olvidaba las gavillas de cáñamo y esparto, y se perdía en la inmensidad del mar. Le parecía mágico, sobre todo cuando pensaba que esas aguas ya mojaban aquellas tierras muchos años atrás. Pensaba en lo antiguo de aquel mar y cuántas aventuras debían haber ocurrido en él. A las abuelas de aquellas señoras sentadas en la arena ya las salpicaba ese mismo mar, y ese pensamiento la llenaba de felicidad.

Capítulo 2

Ariadna soñaba. Soñaba despierta en la oficina de correos, mirando los barcos desde la ventana, y también mientras hacía girar la bola del mundo. Pero sobre todo, soñaba mientras dormía; sueños tan extraños como este:

Camino por pasillos desconocidos. Parecen oscuros y algo laberínticos pero son alegres. Huele a té de jazmín y bizcocho. Un niño corre con una bandeja en la mano llena de elefantes estampados en tinta azul, y desaparece al girar una esquina. Creo que no me ha visto. Soy invisible. Unos segundos después vuelve a pasar, silbando una canción en tono andante, que me hace pensar en cascabeles. En la bandeja lleva una tetera de la que sale vapor, dos tacitas verde manzana de pisa, y un plato lleno de galletas recién horneadas. Le sigue un conejo de Flandes azul. Es tan grande como una

liebre y su cola parece una pequeña nube. Voy tras ellos. Primero entramos en una salita muy acogedora que tiene colgada una pintura que atrae mi atención. Tiene mucho color y representa una calle ancha donde las casas y las tiendas están construidas dentro de los árboles, y todo está lleno de puentes y cuerdas que unen casas con árboles y forman calles elevadas, como si hubiera una calle en un primer piso, otra en un segundo, y así hasta el final de la tela. Contemplo con atención los detalles del cuadro mientras oigo el ruido de las tazas y cómo cae el agua al salir de la tetera, y huelo el perfume del té de jazmín que el niño les ha servido. Cuando me doy la vuelta, el niño y el conejo ya no están. Salgo corriendo y los veo al final del pasillo. “Esperad”, les grito. Corro y mis zapatos golpean el suelo con fuerza. ¿Por qué hago tanto ruido? Parece que estoy pisando un suelo de tablas mal clavadas. Aún así continúo y, antes de girar la esquina, el conejo se detiene en seco y se vuelve hacia mí. Yo me detengo justo delante de este animal tan grande, que me mira fijamente. “¿Tú puedes verme?”, le pregunto. El conejo asiente sin dejar de mirarme. Tiene los ojos brillantes y bondadosos, así que me inclino para acariciarlo.

—Edmond, ¿qué haces? Date prisa —grita el niño.

Ahora el niño me ve. Me mira y me sonrío, como si me hubiera reconocido. Hasta ahora, no me había fijado en su rostro. Debe tener mi edad, y tiene los ojos negros y redondos como dos obsidianas, grandes y muy vivos. Tanto, que solo puedes ver sus ojos, como si el resto de su rostro, de facciones más pequeñas, no existiera.

—Hola, Ariadna —me dice el niño sin dejar de sonreír—. Me llamo Lucas.

—Hola —contesto un poco turbada.

—Y él es Edmond —continúa Lucas.

—¿Cómo puedes saber mi nombre?

—Oh, eso es muy fácil —ríe Lucas—. Sé tu nombre porque yo también te sueño.

—¿Y cómo es que no te he visto nunca?

—Es que cuando sueño, procuro no hacer mucho ruido.

© del texto: Laia Longan Zarzoso, 2010
© de las ilustraciones: August Tharrats Pascual, 2010
© de esta edición: Milenio Publicaciones, S.L, 2017
C/ Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida
editorial@edmilenio.com
www.edmilenio.com

Primera edición: mayo de 2017
ISBN: 978-84-9743-768-4
DL L 49-2017
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S.L
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.